



Irvin

D. Yalom

Criaturas de un día

DESTINO

Criaturas de un día

Irvin
D. Yalom

Traducción de
Cecilia Pavón

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1331

Título original: *Creatures of a Day*

© Irvin Yalom

Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

© por la traducción, Cecilia Pavón, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2015

ISBN: 978-84-233-4929-6

Depósito legal: B. 4.431-2015

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Black Print C. P. I.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

La cura torcida

Doctor Yalom, me gustaría concertar una consulta con usted. He leído su novela Cuando Nietzsche lloró y me pregunto si le gustaría tratar a un colega escritor con un bloqueo para escribir.

PAUL ANDREWS

Sin duda, Paul Andrews buscaba despertar mi interés con su mensaje. Y lo logró: yo nunca le daría la espalda a un colega escritor. En cuanto al bloqueo para escribir, me siento afortunado por no haber sido visitado jamás por una de esas criaturas, y tenía ganas de ayudar a Paul a superarlo. Cuando lo vi por primera vez, diez días después, su aspecto me sorprendió. Esperaba encontrarme con un escritor vivaracho y atormentado de unos cuarenta años, en cambio, el que entró en mi consulta era un anciano marchito, tan encorvado que parecía estar escudriñando el suelo. Mientras cruzaba la entrada, lentamente, me pregunté cómo

habría hecho para llegar hasta mi consulta, en la parte más alta de Russian Hill. Me pareció que era posible escuchar el chirrido de sus articulaciones; levanté su pesado y maltrecho portafolios, lo tomé del brazo y lo guie hasta su silla.

—Gracias, gracias, joven. ¿Cuántos años tiene usted?

—Ochenta —respondí.

—Ah, qué bueno sería volver a tener ochenta.

—Y usted, ¿qué edad tiene?

—Ochenta y cuatro. Sí, correcto, ochenta y cuatro. Se debe de haber sorprendido, ¿verdad?, casi todo el mundo piensa que tengo treinta.

Lo miré con atención, y, por un instante, nuestras miradas se cruzaron. Me sentí fascinado por sus ojos de elfo y por la brizna de una sonrisa insinuándose en sus labios. Mientras estábamos sentados en silencio, observándonos durante unos segundos, imaginé que disfrutábamos del calor de la camaradería de los ancianos, como viajeros de un barco que, una noche llena de niebla, se disponen a conversar en la cubierta y pronto descubren que han crecido en el mismo barrio. Instantáneamente, los dos supimos quién era el otro: nuestros padres habían sufrido durante la Gran Depresión, habíamos presenciado aquellos duelos legendarios entre DiMaggio y Ted Williams, recordábamos las tarjetas de racionamiento para la mantequilla y para la gasolina, y el día de la Victoria en Europa, y *Las uvas de la ira* de Steinbeck, y *Stud Lonigan* de

Farrell. No hacía falta hablar de ninguna de esas cosas: compartíamos todo y nuestro vínculo parecía seguro. Había llegado el momento de empezar a trabajar.

—Entonces, Paul, si puedo llamarlo por su nombre de pila...

Asintió con la cabeza:

—Por supuesto.

—Todo lo que sé de usted es lo que leí en su breve *e-mail*. Me dijo que era escritor, que había leído mi novela sobre Nietzsche y que tiene un bloqueo para escribir.

—Sí, y deseo tener una única consulta con usted. Nada más. Vivo de un ingreso fijo y eso es todo lo que puedo permitirme.

—Haré lo que pueda. Comencemos de inmediato y seamos lo más eficientes posible. Dígame qué debería saber yo del bloqueo.

—Si le parece bien, le contaré algo de mi historia personal.

—No hay problema.

—Debo remontarme a mis años universitarios. Estaba en Princeton, en la Facultad de Filosofía, escribiendo mi tesis sobre la incompatibilidad entre las ideas de Nietzsche sobre el determinismo y su defensa de la autotransformación. Pero no podía terminarla. Todo el tiempo me distraían asuntos como la extraordinaria correspondencia del filósofo, especialmente las cartas a sus amigos y colegas escritores como Strindberg. Gradualmen-

te, perdí interés por su filosofía y empecé a valorarlo más como artista. Comencé a ver a Nietzsche como un poeta con la voz más poderosa de la historia, una voz cuya majestuosidad eclipsaba sus ideas. Pronto no tuve otra salida que cambiarme de especialidad y hacer mi doctorado sobre literatura, y no sobre filosofía. Los años pasaron. Mi investigación avanzaba correctamente, pero yo no podía escribir. Al final sentí que sólo a través del arte se podía explicar a un artista y abandoné el proyecto de tesis por completo. Decidí escribir una novela sobre Nietzsche. Sin embargo, ese cambio de proyecto no logró engañar ni desterrar mi bloqueo para escribir, que siguió fuerte y firme como una montaña de granito. No había ningún progreso posible. Y así ha seguido hasta hoy.

Me sentí azorado. Paul tenía ochenta y cuatro años. Debía de haber comenzado a trabajar en su tesis más o menos a los veinticinco, *hacía sesenta años*. Ya había escuchado hablar de estudiantes crónicos, pero ¿durante sesenta años? ¿Su vida en pausa a lo largo de sesenta años? No, esperaba que no. No podía ser.

—Paul, hábleme de su vida después de aquellos años en la universidad.

—No hay mucho que contar. Obviamente, en un momento dado la universidad decidió que me había excedido en los tiempos, hicieron sonar la campana y eliminaron mi estatus de estudiante.

Pero los libros estaban en mi sangre, y nunca me aparté de ellos. Acepté un trabajo como bibliotecario en una universidad pública, en el que permanecí hasta jubilarme. Todos esos años traté en vano de escribir. Eso es todo. Ésa es mi vida. Punto.

—Cuénteme más. ¿Y su familia? ¿Y la gente importante de su vida?

Paul parecía impaciente y escupió las palabras con rapidez:

—No tengo hermanos. Me casé dos veces y dos veces me divorcié. Por suerte, matrimonios breves. No tuve hijos, gracias a Dios.

«Esto se está poniendo raro», pensé. Paul, que parecía tan cordial al principio, ahora daba la impresión de querer darme la menor cantidad de información posible. ¿Qué estaba pasando?

Insistí:

—Usted quería escribir una novela sobre Nietzsche y en su *e-mail* mencionó que había leído mi novela *El día que Nietzsche lloró...*, ¿puede decirme algo sobre eso?

—No entiendo su pregunta.

—¿Qué sintió al leer mi novela?

—Al principio es un poco lenta, pero luego toma impulso. A pesar del lenguaje forzado y los diálogos estilizados e improbables, en general fue una lectura bastante absorbente.

—No, no, a lo que me refiero es a cómo fue su reacción al hecho de que apareciera una novela sobre Nietzsche mientras usted estaba esforzándose

por escribir una novela sobre el mismo tema. Algo tiene que haber sentido al respecto.

Paul negó con la cabeza, como diciendo que no quería que lo molestaran con esa pregunta. Sin saber qué otra cosa hacer, proseguí:

—Dígame, ¿cómo llegó hasta mí? ¿Fue quizá mi novela la razón de que decidiera consultarme?

—Bueno, cualquiera que haya sido la razón aquí estamos ahora.

«Las cosas se vuelven más raras con cada minuto que pasa», pensé. Pero para que la consulta le sirviera de algo yo necesitaba tener más datos sobre él. Recurrí a una pregunta que nunca falla a la hora de proporcionarme mucha información.

—Necesito saber más sobre usted, Paul. Para nuestro trabajo de hoy, creo que nos ayudará si usted me describe con detalle un día típico de su vida. Tomemos un día de principios de esta semana y comencemos con el momento en que se despierta por la mañana.

Casi siempre hago esta pregunta en mis sesiones, pues me ayuda a obtener datos valiosísimos sobre muchos aspectos de la vida del paciente: cuándo y cómo duerme, lo que sueña, patrones de trabajo y alimentación. Pero, sobre todo, me entero de las personas con las que el paciente comparte su vida.

Sin participar en absoluto de mi entusiasmo investigador, Paul movió su cabeza levemente, como queriendo deshacerse de la pregunta.

—Hay algo más importante de lo que debemos hablar. Durante muchos años, mantuve una nutrida correspondencia con mi director de tesis, el profesor Claude Mueller. ¿Conoce su trabajo?

—Bueno, he leído su biografía de Nietzsche. Es una maravilla.

—Bien. Muy bien. Me alegra muchísimo que piense eso —dijo Paul mientras sacaba una carpeta pesada de su portafolios—. He traído esa correspondencia y me gustaría que usted la leyera.

—¿Cuándo? ¿Quiere decir ahora?

—Sí, no hay nada más importante que podamos hacer en esta consulta.

Miré mi reloj.

—Pero tenemos sólo una sesión y leer esta carpeta me llevaría una o dos horas, y es mucho más importante que nosotros...

—Doctor Yalom, confíe en mí, sé lo que le estoy pidiendo. Comience, por favor.

Me sentí desconcertado. «¿Qué hacer? Paul está completamente seguro. Le he hecho notar el poco tiempo que tenemos y tiene plena consciencia de que sólo tiene esta reunión. Por otro lado, quizá sepa lo que hace. Quizá crea que esta correspondencia me dará toda la información sobre él que necesito. Sí, sí, cuanto más lo pienso, más seguro estoy, debe de ser eso.»

—Paul, entiendo que lo que está diciendo es que esta correspondencia me dará la información sobre usted que necesito.

—Si hace falta esa suposición para que lea las cartas, entonces la respuesta es sí.

«Muy raro. Los diálogos íntimos son mi profesión, mi territorio familiar. Es donde siempre me siento cómodo. Sin embargo, en este diálogo todo parece torcido, dislocado. Quizá deba parar de esforzarme tanto y simplemente dejarme llevar. A fin de cuentas, es su hora. Me está pagando por mi tiempo.» Me sentí un poco confundido, pero accedí y extendí mi mano para aceptar el manuscrito que me ofrecía.

Cuando Paul me dio la enorme carpeta de tres anillas, me dijo que la correspondencia se había extendido durante cuarenta y cinco años, y que había terminado con la muerte del profesor Mueller, en 2002. Empecé por pasar las hojas rápidamente para familiarizarme con el proyecto. La carpeta mostraba que se había puesto mucha dedicación a su cuidado. Daba la impresión de que Paul había guardado, clasificado y fechado todo lo que habían intercambiado, las notas breves y las extensas cartas argumentativas. Las cartas del profesor Mueller estaban escritas prolijamente a máquina y mostraban su firma pequeña y exquisita, mientras que las cartas de Paul —tanto las primeras copias hechas con papel carbón como las fotocopias de después— terminaban simplemente con la letra P.

Paul me hizo un gesto con la cabeza.

—Por favor, comience.

Empecé por leer las primeras cartas y comprobé que se trataba de una correspondencia encantadora y sofisticada. A pesar de que se notaba que el profesor Mueller sentía un gran respeto por Paul, lo reprendía por su fascinación con los juegos de palabras. En la primera carta le decía: «Veo que usted está enamorado de las palabras, señor Andrews. Disfruta bailando con ellas. Pero las palabras son solamente las notas. Son las ideas las que forman la melodía. Son las *ideas* las que estructuran nuestra vida».

«Me declaro culpable», contestaba Paul en la carta siguiente. «No puedo tragar y digerir las palabras, me encanta bailar con ellas. Espero ser siempre culpable de esa ofensa.» Algunas cartas más adelante, a pesar de los roles y el medio siglo que los separaba, ambos habían dejado de lado los títulos formales de *señor* y *profesor*, y usaban sus nombres de pila, Paul y Claude.

En otra carta, fijé la vista en una afirmación escrita por Paul: «Permanentemente desconcierto a mis compañeros». Entonces había compañía. Paul continuaba: «Por eso siempre abrazaré la soledad. Sé que cometo el error de suponer que otros comparten mi pasión por las grandes palabras. Sé que les impongo mis pasiones. Imagínese la forma en que todas las criaturas huyen y se dispersan cuando me acerco a ellas». «Esto parece importante —pensé—. “Abrazar la soledad” es un toque de embellecimiento que le da un sesgo poético al asunto,

aunque me imagino que es un anciano que está muy solo.»

Y después, algunas cartas más adelante, se me encendió la bombilla cuando di con un pasaje que podía darme la clave para entender esta consulta surrealista. Paul escribió: «Entonces, Claude, ¿qué otra cosa me queda más que buscar la mente más ágil y noble que pueda encontrar? Necesito una mente así para apreciar mi sensibilidad, mi amor por la poesía, una mente incisiva y con el descaro suficiente para dialogar conmigo. ¿Alguna de mis palabras aceleran tu corazón, Claude? Necesito un compañero de pies ligeros para este baile. ¿Me harías el honor? ».

En mi mente resonó un trueno de comprensión. «Ahora sé por qué Paul insistía tanto en que leyera la correspondencia. Es tan obvio... ¿Cómo no me he dado cuenta? ¡El profesor Mueller murió hace doce años y Paul está a la pesca de un nuevo compañero de baile! ¡Y aquí es donde entra en juego mi novela de Nietzsche! No me extraña haber estado tan confundido. Yo pensaba que era yo el que lo entrevistaba a él, cuando en realidad era a la inversa. Debe de ser eso, entonces, lo que está pasando.»

Por un instante levanté la vista hacia el techo. Me preguntaba cómo expresar la idea que se me acababa de ocurrir, pero Paul interrumpió mi ensañación. Señalando su reloj me dijo:

—Por favor, doctor Yalom, nuestro tiempo pasa. Por favor, siga leyendo.

Hice lo que me pedía. Las cartas eran muy interesantes y volví a sumergirme en ellas con gusto.

En las primeras doce cartas, la relación entre alumno y maestro parecía estar clara. Con frecuencia, Claude le sugería tareas, por ejemplo: «Paul, me gustaría que escribieras un artículo comparando la misoginia de Nietzsche con la de Strindberg». Supuse que Paul había realizado esas tareas, pero no volví a ver que se las mencionara en las cartas. Debían de haber hablado de ese asunto personalmente. Sin embargo, poco a poco, antes de que terminara el año, los roles de maestro y alumno comenzaron a disolverse. Ya casi no se hablaba de tareas y, por momentos, era difícil discernir quién era el maestro y quién el alumno. Claude le envió a Paul varios de sus poemas para pedirle su opinión. Paul le respondió, sin deferencia alguna, que dejara de lado su intelecto para dar paso a la carrera de sus sentimientos íntimos. Claude, por su parte, criticaba los poemas de Paul por estar llenos de pasión pero carecer de un contenido comprensible.

Su relación se volvió más íntima y más intensa con cada intercambio de cartas. Me pregunté si lo que había entre mis manos no serían las cenizas de un gran amor, tal vez el único amor de la vida de Paul. «Tal vez Paul esté sufriendo un duelo crónico sin resolver. Sí, sí..., sin duda ése es su problema. Eso es lo que trata de decirme al pedirme que lea las cartas del muerto.»

Mientras el tiempo pasaba albergué una hipóte-

sis tras otra, pero al final ninguna me ofrecía la explicación completa que estaba buscando. Cuanto más leía, más crecían mis preguntas. ¿Por qué había venido Paul a verme? Decía que su problema principal era un bloqueo para escribir, pero ¿por qué no mostraba interés alguno por explorar su bloqueo? ¿Por qué se negaba a darme detalles de su vida? Y ¿por qué esa peculiar insistencia en que usara todo el tiempo del que disponíamos para leer esas cartas escritas hacía tanto? Necesitábamos encontrar una coherencia. Decidí mencionarle todos estos puntos a Paul antes de que nos despidiéramos.

Más tarde encontré un intercambio de cartas que me hicieron reflexionar. «Paul, tu excesiva glorificación de la experiencia pura está adquiriendo una dirección peligrosa. Debo recordarte nuevamente la advertencia de Sócrates: una vida sin análisis no vale la pena ser vivida.»

«¡Muy bien, Claude! —alenté en silencio al profesor Mueller—. Exactamente lo que yo digo. Me identifico por completo con la petición que le hace a Paul de que examine su vida.»

Pero en la carta siguiente, Paul contestó con agudeza: «Si tengo que elegir entre vivir y analizar, elijo vivir. Huyo de la enfermedad de la explicación y lo animo a que haga lo mismo. El impulso de explicar es una epidemia del pensamiento moderno cuyos portadores principales son los terapeutas contemporáneos: cada uno de los psiquiatras que he conocido sufren de ese mal, que es

adictivo y contagioso. La explicación es una ilusión, un espejismo, una construcción, una canción de cuna reconfortante. La explicación no existe. Llámemosla por su nombre: la defensa de un cobarde contra el terror, el tremendo y doloroso terror a la precariedad, a la indiferencia y el azar de la pura existencia». Leí este pasaje dos y tres veces, y me sentí desestabilizado. Mi decisión de plantear algunas de las ideas que estaban dando vueltas en mi cabeza flaqueó. Supe que no había ninguna posibilidad de que Paul aceptara mi invitación a bailar.

Cada tanto, alzaba la vista y veía que Paul tenía los ojos clavados en mí, controlando cada una de mis reacciones para indicarme que siguiera leyendo. Pero, finalmente, cuando vi que sólo nos quedaban diez minutos, cerré la carpeta y le dije con firmeza:

—Paul, nos queda poco tiempo y hay varias cosas que quiero discutir con usted. Es incómodo porque estamos muy cerca del final de nuestra sesión y ni siquiera hemos hablado sobre el motivo por el que contactó conmigo, su problema principal: el bloqueo para escribir.

—Nunca he dicho eso.

—Pero en el *e-mail* que me escribió dijo..., aquí está, lo imprimí... —Abrí mi archivo, pero antes de que pudiera encontrarlo Paul respondió:

—Conozco mis palabras: «Me gustaría concertar una consulta con usted. He leído su novela *Cuando Nietzsche lloró*, y me pregunto si le gusta-

ría tratar a un colega escritor con un bloqueo para escribir».

Levanté la vista para mirarlo, esperando una sonrisa socarrona, pero Paul estaba completamente serio. Había dicho que tenía un bloqueo para escribir, aunque no había señalado explícitamente que ése fuera el problema por el que buscaba ayuda. Era una trampa lingüística, e intenté no sentirme irritado por haber sido tratado a la ligera.

—Estoy acostumbrado a tratar a personas con problemas. Es lo que hacen los terapeutas. Es fácil entender por qué hice esa suposición.

—Lo entiendo perfectamente.

—Bueno, entonces empecemos de nuevo. Dígame, ¿cómo puedo ayudarlo?

—¿Cuáles son sus reflexiones sobre la correspondencia?

—¿Podría ser más explícito? Me ayudaría a darles un marco a mis comentarios.

—Todas y cada una de las observaciones me son de gran utilidad.

—Está bien. —Abrí el cuaderno y lo hojeé—. Como sabe, sólo he tenido tiempo para leer una breve sección, pero, en general, me he sentido cautivado por estas cartas, Paul, y me ha parecido que rebosan inteligencia y erudición del más alto nivel. Me ha impresionado el cambio de roles. Al principio, usted era el alumno y él el maestro. Pero, obviamente, usted era un estudiante muy especial, y en algunos meses el joven estudiante y su renom-

brado profesor terminaron tratándose como iguales. No hay duda de que el profesor Mueller sentía un enorme respeto por sus juicios y comentarios. Admiraba su prosa, valoraba la crítica que usted le hacía a su trabajo, e imagino que el tiempo y la energía que puso en usted deben de haber excedido de lejos lo que hacía por un estudiante común. Y, por supuesto, dado que siguieron escribiéndose mucho tiempo después de que usted dejara de ser un estudiante, no hay dudas de que usted y él eran importantísimos el uno para el otro.

Observé a Paul. Estaba inmóvil, los ojos llenos de lágrimas, recibiendo con avidez todo lo que le decía y esperando, evidentemente, escuchar mucho más. Al fin nos encontrábamos. Al fin le había dado algo. Había sido testigo de un acontecimiento de extraordinaria relevancia para Paul, y solamente yo podía dar testimonio de que un gran hombre consideraba importante a Paul Andrews. Pero el gran hombre había muerto hacía años y Paul se sentía demasiado frágil para aceptarlo en soledad. Necesitaba un testigo, alguien con cierta envergadura, y yo había sido elegido para cumplir ese papel. Sí, no tenía ninguna duda. Esa explicación tenía el aroma de la verdad.

Ahora debía expresar algunos de estos pensamientos, que serían valiosos para Paul. Al revisar todas mis ideas y darme cuenta de que nos quedaban apenas unos minutos, no estaba seguro de por dónde empezar, y finalmente decidí comenzar con lo más obvio: